



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13338

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MIÉRCOLES 2 DE MAYO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Dos de Mayo

Hoy es día de fiesta nacional. El municipio madrileño la ha solemnizado con una lucida procesión, más lucida que los años anteriores, tal vez por haberse asegurado que en las regiones do radica el poder hay el propósito de que dentro de dos anualidades se celebre con una gran fiesta el centenario y se dé por conclusa para lo sucesivo la patriótica solemnidad.

El cañón ha tronado en honor de Daoiz y Velarde; del teniente Ruiz; de los soldados que defendiendo el Par que perdieron la vida; del paisanaje que, ardiendo en entusiasmo por la patria, hizo de cada casa un fuerte, en tanto que el cañón enemigo los iba transformando—al derribarlos—en cementerios de sus defensores. Y ha tronado también en honor del sexo femenino, de aquellas manolas de alma grande que, en tanto que los hombres se batían, llevaban municiones á las barricadas, desafiando el peligro y muriendo en la empresa generosa de contribuir á la defensa nacional.

La bandera ha flotado en los edificios oficiales recordando que un tiempo cubrió con sus pliegues á un puñado de hombres que sentían el patriotismo de verdad; tan lo sentían, que al encontrarse estimulados por un sentimiento superior á los que tendían á separarlos, se unieron en apretado haz. No hubo allí plebeyos ni aristócratas, soldados ni paisanos, reaccionarios ni liberales, gentes de levita ni gentes de blusa; no hubo más que españoles, compungidos hijos de la misma madre cuya vida en peligro requería el auxilio de todos.

Y se lo dieron generosos, sin regatear, haciéndose acreedores á nuestra admiración y á que en honor á su memoria pongamos en los labios algunas oraciones, disparemos algunos cañonazos é izemos la bandera á cuya sombra pelearon y murieron en desigual combate.

¡Abolir ese acto religioso y patriótico á la par! ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? ¿A quién ofende su celebración? A nadie. ¡Si no está inspirado en el odio sino en el respeto á los que se sacrificaron por la independencia de la patria y en el que nos debemos á nosotros mismos! Si los labios que rezan por las víctimas del Dos de Mayo no se desdoran en pedir al cielo para Francia toda clase de prosperidades ¿por qué andar con celos ni hablar de abolir la patriótica fiesta nacional?

Se llegará ó no se llegará á la abolición; pero en tanto, á cada aniversario del día en que el pueblo se armó para defender la independencia, elevaremos una oración al cielo por sus almas y gritarán los labios: ¡Gloria á los héroes!

IMPROVISACIONES

CARTAGENA, COSMOPOLITA

Pasan desde unos mares hasta otros mares las olas que á tu encuentro vuelan de prisa; y orladas con diademas de espuma y risa ruedan hacia tus plantas hechas coliflores.

De entusiasmo se rompen en tus altares que de prismas triunfales el mar irisa, y más ciudades de olas lleva la brisa a estrellar en tu pecho luz y cantares.

Vienen olas francesas, napolitanas, olas egipcias, griegas y americanas, olas de cuantas razas cubren la esfera.

Besos de mil naciones forman tu encanto, ideas de mil pueblos forman tu manto, y bucles de mil mares tu cabellera.

A CARTAGENA

No aspiro á merecer de Cartagena palmas, ni rosas, ni esplendor; profiero de sus flores al pródigo agüscoro, gozar su risa y compartir su pena.

Si ella lámpara fuese, yo cadena; si ella fuese un tesoro, yo el joyero; si ella fuese un altar, yo el pebetero; si ella un cáliz de luz, yo su patens.

De ser Virgen divina, yo su coro; de ser río misal, yo letras de oro; de ser vidrio y color, yo luz y ente.

De ser hostia inmortal, yo su incensario; de ser pura custodia, yo el sagrado; de ser cielo y ser Dios, yo su creyente.

Salvador Rueda.

TIJERETAZOS

La fiesta del trabajo se celebró ayer... donde se celebró. Madrid fué una de las poblaciones que la presenciaron.

Y debió extrañarle que en la nutrida manifestación de los obreros para entregar al presidente del Consejo las conclusiones del meeting que habían celebrado, no hubiera ningún incidente.

Porque ¿qué justificación tiene ya la limitación de derechos que se ha hecho otros años no consintiendo las reuniones al aire libre?

Ninguna. El señor Moret ha demostrado que tales prohibiciones son indicadoras de miedos no justificados, y, aliviando, planchas.

Sin embargo, ya veremos como la lección de este año no forma experiencia.

La manifestación de solidaridad catalana que se trata de hacer en Barcelona á los representantes del país que combalieron el proyecto de las jurisdicciones será grande; pero si lo es, no estará en relación con la colecta que están realizando los periódicos á fin de sufragar los gastos que ocasiona.

La Publicidad lleva recaudadas algo más de seiscientos pesetas... en dos meses.

Seguramente es más fácil unir voluntades que reunir dinero.

¡Ah! se nos olvidaba: Del producto de la suscripción ha de sacarse para hacer una impresión de los discursos pronunciados y reunirlos en un volumen á fin de que quede recuerdo de la campaña hecha.

Y ó sube la mecha ó fracasa el pensamiento.

Y se pone en evidencia ese movimiento de solidaridad, que será grande por el número de unidades humanas, pero muy mínimo por las pesetas recogidas.

Al pasar un globo sobre la provincia de Cuenca—por fortuna de sus tripulantes á considerable altura—varios habitantes de uno de los pueblos que la forman se echaron la escopeta á la cara y dispararon, ni más ni menos que si fueran habitantes del Rif. Como los moros estuvieron en España, dejaron semilla.

Los cafés de San Andrés

En el seno del inmenso tumulto que se agita en la lucha violenta de la vida, en medio de esa avalancha de ambiciones no satisfechas nunca; en el fondo de esos mismos centros en donde tal parece que el egoísmo humano todo lo avasalla y no da cabida á ningún sentimiento noble, logra también extender la caridad su mano redentora, y por entre el torbellino de intereses bastardos y corazones endurecidos se abre paso y enjuga muchas lágrimas y alivia muchos dolores.

En varios lugares de esta ciudad, sitios concurridos por la ola de los afortunados de la vida y de los desheredados de la suerte, se levantan unas pequeñas construcciones de madera, tan pequeñas y tan toscas, que es imposible que puedan llamar la atención de persona alguna: tienen todo el aspecto de una caja de piano que algún humilde industrial hubiese habilitado para ganar unos pocos cuartos con la venta de comestibles.

Y, sin embargo, á qué objeto tan generoso y noble están dedicadas. Pertenecen á una institución caritativa, conocida con el nombre de «Cafés de San Andrés», cuyos propósitos, servicios y resultados prácticos, probablemente son muy pocas las personas que no conocen.

Y cómo han de estar en cuenta de ello, cuando el trópel los ahoga y de ellos sólo aprovechan los desvalidos los hambreados, en montón anónimo que arrastra en silencio sus miserias y de cuyos lactimales ha arrancado la desgracia las últimas gotas de llanto!

El único fin que dicha institución, persigue, no es otro que el de dar alimento al menesteroso.

De día y noche, en medio de los calores de fragua del verano ó de los hielos del invierno, dentro de aque-

llas construcciones toscas hay vida. Empleados de la Asociación atienden piadosamente á los que á las ventanillas acuden en solicitud de pan, y en todas ellas un «menú» que todos conocen.

«Una taza grande de café con leche, azúcar y una rebanada de pan, un centavo.

Sopa de carne y vegetales y una rebanada de pan, un centavo.

Carne de puerco y frijoles, un centavo.

Sandwiches, un centavo.

Viernes: Sopa de pescado, un centavo.»

No quiere decir esto forzosamente, que el que tiene hambre y no posee el centavo acuda en vano á los «Cafés de San Andrés»; también recibe su ración de alimento.

Se le ha querido poner algún precio á la obra benéfica para evitar, hasta donde es posible, que las necesidades crueles de la vida revistan caracteres de mendicidad.

De la oficina ó centro principal de la institución, están continuamente saliendo carros que distribuyen las provisiones en cada uno de los ventanillos, de manera que no pueda llegar el caso en que alguno de ellos carezca de lo necesario para atender á la demanda del público.

Bien podrá comprenderse que el precio de un centavo no alcanza á cubrir la cuarta parte del costo de los alimentos, de la preparación de éstos y del personal que presta el servicio. Para cubrir el déficit, se levantan fondos; ya por medio de dádivas, y de funciones sociales á las que se obtiene acceso mediante módica cuota; y hasta hoy, que se sepa, no se ha tocado á puerta alguna sin que voz de simpatía haya dejado de responder al llamamiento.

En 1887 se estableció en Nueva York el primer «Café de San Andrés»; el número ha ido aumentando á medida que las circunstancias lo han permitido; y á no dudarlo su radio de acción dentro de pocos años será inmenso: el pueblo americano ya está interesado en el asunto, y eso basta al éxito.

¿A quién se debe la idea de esta obra de misericordia?

A una dama de origen inglés, la que

vi añeja, si no tuviese cotidianamente el almuerzo á la diez en punto, y la comida á las cinco de la tarde. Hasta lo más insignificante está arreglado para todo el año, día por día. Nada tiene que pedir el señor marqués. Cuando es tiempo de fresas como fresas: de lo más el punto lo más fino ó que se encuentra en París: está impreso el programa, y desde por la mañana sabe cuál es su comida. Se viste á la misma hora, con el mismo traje, y se sienta en la propia silla. Tengo que cuidar de él se lo tiempo en las camisas ó va rozándose el finc, para sustituirlo con otro nuevo, sin decirle una palabra, y hago exactamente lo mismo con todas las prendas de su...

Si hace buen tiempo, ent o y digo al amo: —Debería salir á la calle. —Me responde sí ó no. Si piensa dar un paseo, no aguarda á que le traigan los caballos, porque siempre están preparados: el cochero está siempre con el látigo en la mano como le ves ahora. Por la noche, después de comer, va el amo un día á la Opera y otros días al teatro. Pero, no ha ido todavía á los Italianos, porque hasta ayer no le he podido proporcionar...

narle un palco. A las once en punto se retira á casa y se acuesta.

Durante el día no hace más que leer; siempre leer, es una idea que no le abandona.

Tengo orden de leer en su presencia el diario de la librería, á fin de comprar todas las obras que se publican, para que las en un tro sobre su chimenea el mismo día en que se ponen á la venta.

Tengo la consigna de entrar en su aposento de hora en hora, para atizar la lumbre y para cuidar de que nada le falte.

Me ha dado un librito para que me lo aprenda de memoria, y en él están escritos mis deberes: es un verdadero catecismo. En verano, con auxilio de la nieve, tengo que mantener la temperatura al mismo grado de frescura y en ninguna estación han de faltarme flores. Es rico: con mil francos diarios bien puede satisfacer sus antojos: bastante tiempo se ha visto el pobre joven privado de lo necesario: no atormenta á nadie; es bueno como el pan; jamás dice una palabra; en toda la casa reina un silencio sepulcral. El señor marqués no forma ni un solo deseo: todo marcha aquí siempre de una misma manera.

Yo soy quien le dice lo que debe hacer y me pre-

Cierto día se me escapó una de ellas...

—¿Quieres matarme?—me dijo encolerizado.

Y Jonatás dejó al viejo profesor en el vestibulo haciéndole seña de que no avanzase un paso.

